

*¿Y si tuvieras
todo el tiempo del
mundo y no fuera
suficiente?*

NEREA RIESCO TEMPUS



¿Y si tuvieras todo el tiempo del mundo y no fuera suficiente?

La vida de la joven Daniela Green cambia para siempre cuando su padre, el prestigioso profesor Leonard Green, es brutalmente asesinado en su despacho de la universidad de Cambridge. Aún conmocionada por la noticia, Daniela recibe la llamada de uno de los alumnos de su padre, Richard Chanfray, quien le informa de que corre un grave peligro y de que él es la única persona en quién puede confiar. El enigmático joven dice encontrarse en posesión de un importante secreto... un secreto que pondría en riesgo la integridad de un grupo de personas que están dispuestas a todo para proteger su modo de vida. A partir de ese momento, Richard y Daniela emprenderán una vertiginosa huida sorteando los peligros que encontrarán a su paso, incluidos los provocados por sus propios sentimientos.

Para Gabriel.

*¿Cuánto vive el hombre, por fin?
¿Vive mil días o uno solo?
¿Una semana o varios siglos?
¿Por cuánto tiempo muere el hombre?
¿Qué quiere decir «para siempre»?*

PABLO NERUDA

1

Leonard Green fue consciente en ese mismo instante de que estaba a punto de morir. El habitual gesto sereno del sucesor de Stephen Hawking en la cátedra de profesor lucasiano de la Universidad de Cambridge había desaparecido. Su rostro era el de un niño asustado. Se aferraba a la esperanza de que alguien se hubiera quedado a trabajar hasta tarde y que los descubrieran antes de que aquella mujer le arrancase la vida.

Hacía ya mucho tiempo que se dedicaba plenamente a la investigación, pero el honor de dirigir esta cátedra que en otros tiempos ocupó el mismísimo Isaac Newton le exigía estar disponible dos horas semanales para resolver las dudas de los alumnos. Ahora se arrepentía de haber elegido las solitarias tardes de los viernes para las tutorías. A esas horas los pasillos de Cambridge eran un desierto. Por si fuese poco, su despacho quedaba bastante alejado del resto, algo que él mismo había solicitado. Su carácter reservado se volvía en su contra.

Internamente se recriminó no haber sospechado de ella. Mujeres como esa no eran de las que reparaban en aburridos profesores. Su extraña belleza tenía la cualidad de perturbar los sentidos. No parecía pertenecer a la raza humana, como si el material del que estaba hecha no tuviese nada que ver con la vulgar sustancia orgánica que conformaba al resto de los mortales. Tenía la piel intensamente blanca, del aspecto del alabastro. Eso podría hacer pensar que

su tacto era frío, sin embargo su cuerpo transmitía un calor vibrante del que era difícil escapar. Se podía distinguir, en los lugares más recónditos de su anatomía, el recorrido verdoso de las venas y el rosado de las partes más íntimas. Parecía que las ingratas etapas del desarrollo humano habían sido amables con ella, que su piel no había sufrido la tiranía del acné adolescente, del vello rebelde que había que eliminar a golpe de cera o de láser, de los olores corporales que tenían que disimularse con perfumes y aceites. Pero lo más llamativo de su anatomía no era su perfecta envoltura de bebé recién nacido, sino ese cabello rojo sangre que se desmoronaba como llamaradas hipnóticas sobre sus hombros de marfil. Aquella mujer había aparecido en su vida de pronto, como por arte de magia. El profesor Green llevaba tanto tiempo sumergido en la abismal tristeza que supuso la dramática muerte de su esposa que la llegada de Liz fue la constatación de que la existencia continuaba, de que el mundo aún era capaz de depararle gratas sorpresas.

En cambio, a su hija Daniela nunca le gustó. La muchacha fue incapaz de mirarla a la cara el día que la invitó a cenar para que se conocieran. Él pensó que se trataba de celos. A fin de cuentas siempre estuvo muy unida a su madre. Seguramente le costaría aceptar que rehiciese su vida con una nueva mujer.

Pero no... No. Justo en ese momento se daba cuenta de que no tendría que haberla dejado entrar en su casa, en su vida, en su despacho. En realidad no la conocía en absoluto: ni su apellido, ni su origen, ni su pasado. Sus encuentros siempre fueron furtivos y desesperados, como el que se lanza sobre un vaso de agua para saciar la sed acumulada en la travesía del desierto. Se decía a sí mismo que eso era normal. Los primeros momentos de una relación siempre estaban dominados por la pasión y el deseo.

—Tengo que verte esta tarde —le dijo con su voz de pantera desde el otro lado del teléfono cuando lo llamó aquella mañana—. Es urgente.

—Tengo una tutoría con un alumno en el despacho. Será mejor que nos veamos mañana.

—Es muy urgente —insistió.

Pese a que no solía actuar de ese modo, Leonard canceló la cita con su alumno.

Ella llegó a las siete en punto de la tarde. Entró en el despacho sin llamar a la puerta. Sin saludarlo siquiera, caminó a su encuentro, rodeó la mesa, giró ligeramente la silla, se sentó a horcajadas sobre él y lo besó apasionadamente en los labios. El profesor se sintió incómodo. Pese a que en los últimos tiempos se había dejado arrastrar por el ímpetu de esa mujer, aquel era su lugar de trabajo y no le parecía correcto actuar de esa forma. No era propio de él. No era su estilo. Era de los que pensaba que había un lugar para cada cosa y ese, sin duda, no era el lugar.

Con la mayor de las delicadezas, la apartó y se puso de pie.

—¿Te apetece un té? —le preguntó, intentando aligerar la incómoda situación.

En la mirada de ella pareció asomar un destello de rabia, pero en seguida cambió el gesto y sonrió.

—Sí, gracias.

Leonard Green le dio la espalda. En el aparador tenía un hervidor de agua y una caja de madera de cedro con diferentes tipos de infusiones. Le gustaba ofrecer té con pastas a los alumnos en sus tutorías. Dio la vuelta a dos tazas que había sobre una bandeja y puso en su interior sendos saquitos de Earl Grey. Justo en el momento en el que iba a preguntarle si quería azúcar, notó un pinchazo en el cuello. Una intensa sensación de quemazón le recorrió las venas. Después, la oscuridad.

Cuando despertó estaba sentado en su sillón, con las manos y los pies atados. Tenía los ojos terrosos y tuvo que parpadear cuatro veces antes de poder centrar la mirada. Lo primero que vio fue una jeringuilla sobre la mesa del despacho. Junto a ella, un pequeño frasco medio vacío en

el que aún se apreciaban los restos de un líquido lechoso. En la etiqueta se leía Propofol. El profesor Green no sabía mucho de medicamentos, pero el nombre de aquella sustancia se había repetido hasta la saciedad en los medios de comunicación. Se trataba del anestésico intravenoso que sacó del mundo al rey del pop.

Levantó la cabeza. Liz estaba frente a él de pie, con el retrato de su hija Daniela entre las manos, sonriendo burlesca.

—La vida ha sido muy cruel con vosotros, ¿verdad? —dijo en un susurro mientras se le acercaba despacio.

—No entiendo nada. ¿Qué te ocurre? No... no me gustan estos juegos...

Leonard observó su caminar felino. Iba vestida con cazadora y pantalones de cuero negro que marcaban ostensiblemente sus curvas. Los ojos verdes de Liz se clavaron en los suyos. Cuando llegó a su altura lo sujetó por la barbilla, enfrentándolo a su mirada.

—Es absolutamente inútil que intentes resistirte. ¿Crees que este secreto puede guardarse durante más tiempo? Antes o después lo conseguiremos. No seas ridículo. No merece la pena morir por algo así. ¿Dónde está? —El tono de voz de Liz era casi erótico. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento acariciándole el rostro.

—No soy más que un profesor. No sé de qué secreto me hablas... Yo...

Llena de furia, apretó los labios, se apartó de golpe y dio un manotazo sobre la mesa del despacho. Sus dientes blancos mordieron con rabia el labio inferior.

—¡Basta! —gritó—. Si continúas con esa terquedad ella sufrirá.

Seguía sujetando con fuerza la foto de Daniela.

—¡No le hagas daño! Te lo ruego. Solo tiene diecisiete años. Está empezando a vivir. Ella es inocente. No tiene nada que ver con esto.

—¿Con «esto»? —repitió con sarcasmo—. Parece que ya recuerdas de qué estamos hablando. ¿Crees que me conmueve la edad de tu hija? Qué poco me conoces, Leonard.

Tenía razón, no la conocía en absoluto. Nunca le hizo preguntas, ni él tampoco se preguntaba por qué no las hacía. Se decía a sí mismo que todo llegaría cuando tuviera que llegar, que se trataba de una situación momentánea, hasta que Daniela aceptase a Liz como la persona que lo hacía feliz; entonces se molestaría en conocer los gustos de aquella mujer hipnótica: sus aficiones, sus anhelos, lo que la hacía reír o llorar. Pero, si era sincero consigo mismo, quizá no había hecho preguntas porque realmente no era capaz de imaginar un escenario en el que Liz formase parte de la familia.

—¿Hay algo que tenga más valor para ti que tu hija?

—No —susurró él con la cabeza agachada.

Liz dulcificó la voz, adoptando un tono casi maternal. Le acarició el rostro con ternura.

—Si accedes a darnos lo que te estoy pidiendo, Daniela no sufrirá ningún daño, te lo aseguro. Desapareceremos para siempre de tu vida... y de la de ella —continuó—. Será como si nada de esto hubiera pasado. Podemos hacerlo.

—Si accedo a daros lo que me estás pidiendo, también podréis hacer muchas otras cosas —musitó él con resignación.

Leonard permaneció en silencio. ¿De qué serviría salvar a Daniela si dejaba a la humanidad en peligro? ¿Qué podría suceder si ese secreto caía en manos inadecuadas? Eso sentenciaba su destino, el de su hija y el del resto de la humanidad. Como si la mujer pudiera leer su pensamiento, con un rápido movimiento se llevó la mano a la cadera. Del bolsillo trasero de sus pantalones de cuero sacó una navaja con empuñadura de nácar. El brillo metálico distrajo al profesor, que se quedó paralizado mirando el filo, como esos cervatillos deslumbrados por los focos de un coche en me-

dio de la carretera. Por un momento le pareció que todo aquello le era ajeno, que no le estaba ocurriendo realmente. Quizá se tratase de un sueño, o quizá de otra realidad paralela a la suya que podría abandonar en el momento en que lo considerase necesario. Deseó con vehemencia que así fuera, pero ese terrible escenario no cambió. Liz se abalanzó sobre él, agarrándolo por el cuello de la camisa. Sintió la presión del metal en su vientre mientras ella lo atraía hacia sí.

—¡Dámelo ya!

No tenía sentido seguir resistiéndose. Era un estudioso, un científico, un profesor, un hombre que había dedicado toda su vida a la investigación. Todo aquello le quedaba grande. No tenía madera de héroe.

—Está en la caja fuerte —dijo con voz entrecortada, señalando con el mentón la pared en donde colgaba una litografía con *La nuit étoilée* de Vincent Van Gogh.

Liz se dio la vuelta y descolgó el cuadro. Tras él se escondía una puerta de hierro pintada en color gris perla. Tenía una ruedecilla junto a unos números del uno al nueve bajo una pequeña pantalla digital.

—La combinación —reclamó con ojos de hielo.

A Leonard le pareció increíble que esos mismos ojos lo hubieran mirado con fuego unos días antes.

—Uno, seis, ocho, cinco. El año en el que se formuló la ley de la gravitación universal.

Ella se echó a reír.

—Debí imaginar algo así —susurró.

Marcó los números despacio, asegurándose de que cada uno de ellos aparecía en la pantalla. Una vez introducidos, pulsó la tecla de apertura, dio la vuelta a la manecilla y la puerta se abrió. Una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro. En la caja únicamente había un sobre con un papel en su interior. Liz lo desdobló ansiosa. En él estaba escrita una fórmula.

—¿Es esto? —preguntó perpleja, como si ella misma estuviese sorprendida de que esa sucesión de números y letras griegas elevadas al cuadrado, multiplicadas y divididas pudiesen levantar semejante revuelo.

—Es eso —aseguró él con desprecio—. Una fórmula, sí. ¿Qué esperabas?

Por primera vez el profesor Leonard Green parecía tener en su poder las riendas de la situación. Para ella todo eso no tenía sentido. Se limitaba a seguir órdenes, solo era el brazo ejecutor. Liz no sabía lo que esperaba encontrar en la caja fuerte, no se había parado a pensarlo. Bien podría ser eso, como una llave, como un mapa del tesoro con una equis en el centro. Tendría que confiar en la palabra de aquel hombre, y hacía mucho tiempo que había dejado de confiar en la palabra de los hombres.

—¿Alguien más conoce esta fórmula?

El profesor intentó sonar convincente.

—Nadie. Yo soy el único.

Liz introdujo el papel en el bolsillo trasero de su pantalón y suspiró. Tenía que seguir confiando en que le decía la verdad, y eso la hacía sentirse vulnerable. Aún tenía la navaja en la mano. De pronto sus ojos se posaron en la fotografía de Daniela. La aferró, mirándola con deseo.

—Es muy bonita —dijo despacio, saboreando las palabras.

—Por favor —suplicó Leonard—. Has prometido dejarla en paz.

Ella echó la cabeza hacia atrás. Su cabello se onduló como las olas de aquel mar que los pescadores de Taiji tiñeron con la sangre derramada de cientos de delfines. El profesor lo había visto por televisión y tuvo que controlar una arcada. Lo mismo le sucedía en ese momento. Quizá se tratase de los efectos secundarios del Propofol, o quizá era cierto que del amor al odio había solo un leve paso y esa mujer, en ese momento, le provocaba náuseas. Liz lanzó una carcajada seca que no armonizaba con su aspecto juve-

nil. Parecía la risa de una anciana. Como si hubiese podido escuchar el descortés pensamiento de Leonard, cambió de gesto. Un rictus endureció sus rasgos.

—¿De verdad lo he prometido? —preguntó furibunda.

—Sí —susurró él, seguro ya de que el final estaba cerca.

—Mentí.

Un brillo animal se reflejó en los ojos de Liz. Con una fuerza inhumana se lanzó sobre el profesor Leonard Green empuñando la navaja. Se colocó detrás de él, lo sujetó por la frente y le echó la cabeza hacia atrás. De un tajo certero, le rebanó el cuello.

2

Las notas de *L'Inconstanza Delusa* reverberaban por las paredes del elegante ático dúplex propiedad de Richard Chanfray. Sus dedos delgados pulsaban las teclas del añoso piano con la misma delicadeza con la que una libélula se posaría sobre la superficie de un lago. Suave, despacio, apenas una caricia. Tenía los ojos cerrados, de esa forma podía sentir la melodía como si fuese nueva, igual al instante en el que la compuso. La música era una de las pocas cosas que aún lo conmovían, todo lo demás le resultaba indiferente. Hacía tiempo que la vida había perdido el color, el sabor, el olor. De nada le servía rodearse de obras de arte: esculturas de damas regordetas conjuradas por artistas de moda, pinturas en las que lo único que se distinguía con claridad eran un círculo color naranja y un triángulo negro con el desconcertante título de *Niño con pájaro*, sillas de diseño que se sostenían sobre patas deformes en un equilibrio imposible de modo que jamás nadie osaría sentarse en ellas, lámparas engarzadas con cristales de Swarovski que semejaban árboles que desparramaban sus metálicas ramas por el techo. No. Ya nada lo emocionaba realmente. Nada.

El ático fue ideado hasta el más mínimo detalle por el mejor decorador de Londres, un joven con talento que exigía a sus clientes rellenar un test de personalidad que un gabinete de psicólogos analizaba punto por punto antes de que él se dignase a trabajar en el proyecto de una casa. Después de leer el informe, el decorador concluyó que Ri-

chard era un hombre culto, exquisito y solitario que precisaba de un ambiente íntimo a la par que dinámico, diáfano y confortable en el que no podían faltar significativos toques de la indudable esencia masculina que desprendía por cada uno de sus poros. Aquello dio como resultado un *loft* moderno, de grandes espacios abiertos, en el que se podía respirar cierto aire bucólico que traía a la memoria la elegancia de decimonónicas mansiones europeas. El mismo piano de cola era una pieza única, un instrumento de finales del XIX de madera de roble y teclas de marfil, con patas torneadas, fabricado por Clementi Collard & Collard, del que Richard se negó a desprenderse pese al escandaloso grito que el decorador lanzó al verlo, asegurando que aquel trasto no concordaba en absoluto con la imagen moderna del apartamento. Pese a todo, el piano se colocó en el centro de su dormitorio. El cliente no estaba dispuesto a negociar ese detalle.

A Richard le hubiera gustado detener el tiempo justo en ese momento en el que la luz mortecina del amanecer se colaba por el ventanal. Cada minuto que pasaba le devolvía el recuerdo de la sucesión de errores que había cometido a lo largo de su vida y que se empeñaban en emponzoñar cada uno de sus días, y los días de las personas que lo rodeaban, como si de un efecto dominó se tratase. Una ficha iba empujando a la siguiente haciéndola caer y así sucesivamente, en un laberinto de infortunios sin fin. Una maldición en toda regla, pensaba Richard. Pero aquel cruel juego pronto concluiría, pensaba también. Él se iba a encargar de arrebatarse la siguiente ficha para poner fin a la cíclica desgracia. La decisión estaba tomada desde hacía tiempo, y eso lo aliviaba. Nunca le gustó dejar que el destino se ocupase de los asuntos trascendentales. Él quería llevar las riendas de su vida. Respiró profundamente, dejando que su mirada flotase sobre el Londres que comenzaba a desesperarse. Fue entonces cuando su asistente, el señor Montgo-

mery, golpeó la puerta con los nudillos, en un principio de forma tímida, después con más firmeza.

—Disculpe, señor —carraspeó—. ¿Señor Chanfray?

Embargado por el sonido de las últimas notas musicales que aún flotaban en el aire, Richard salió de su ensoñación. Miró la hora. El reloj marcaba las 6.14 de la mañana.

—¿Qué ocurre? —preguntó sorprendido.

—Lamento molestarlo, señor. Solicitan verlo con urgencia.

Estaba perplejo. ¿Quién podía tener la desfachatez de presentarse a esas horas?

—Ahora no voy a atender a nadie. Que soliciten cita —dijo intentando controlar el malestar que le provocaba esa intromisión a deshoras.

—No creo que puedan esperar, señor.

Chasqueó la lengua y movió la cabeza a uno y otro lado en un gesto de fastidio. Aún no estaba vestido. Apoyó las manos sobre las rodillas y se incorporó para envolverse en su albornoz. Cuando abrió la puerta del dormitorio, tenía cara de pocos amigos.

—¿Cómo que no pueden esperar? ¿Quién no puede esperar?

—Son dos agentes de Scotland Yard. Dicen que es urgente, que tienen que hablar con usted.

A Richard se le encogió el corazón. Su asistente, uno de los hombres más elegantes que conocía, que hubiera podido pasar por un marqués ante el mismísimo profesor Higgins, estaba frente a él cubierto únicamente con un batín de seda con brocados dorados. Tenía los párpados hinchados. El señor Montgomery presumía de descender directamente de una de las familias más exclusivas de Londres y aseguraba que su destino de mayordomo nada tenía que ver con haber caído en desgracia, sino que, desde niño, siempre tuvo vocación de hacer la vida más fácil a hombres ilustres. Por eso se permitía mirar con compasión, y no sin cierto dejo de desprecio, a todas aquellas criaturas desven-